

**HOMILÍA DEL REVMO. P. AMBROSIO SOUTHEY,
ABAD GENERAL DE LOS CISTERCIENSES REFORMADOS**

Las palabras que acabamos de escuchar son muy ricas en significado, y pueden sugerirnos muchos temas: sobre nuestra vocación de alabanza, en contra de la hipocresía, acerca del temor de Dios, etc. Esta mañana me gustaría decirles algunas palabras sobre dos de ellos: la Providencia de Dios y el Espíritu Santo.

Nuestro Señor nos anima a no temer, porque valemos mucho más que muchos pájaros y porque hasta los cabellos de nuestra cabezas están contados; sin embargo, si echamos una mirada al mundo de hoy, podríamos fácilmente ser tentados de dudar de la verdad de estas palabras. En efecto, ¡hay tanto sufrimiento (terremotos, inundaciones desastrosas, epidemias), tanta injusticia, tanta miseria!

Pero nuestro Señor nunca prometió que no habría sufrimiento ni injusticia, sino que nos anima a “no temer”. Dios está presente activamente en todo cuanto acontece, de manera que todo contribuye al bien de los que buscan verdaderamente al Señor. Ninguna experiencia es tan dolorosa o terrible como para pensar que cae fuera de la custodia paternal de Dios; por ello es que frente a cada acontecimiento de nuestra vida, cualquiera de ellos, tenemos la oportunidad de dar una respuesta a Dios, presente en tal acontecimiento.

Sin embargo esta respuesta no es una aceptación fatalista, sino algo totalmente positivo y dinámico; para este propósito nos ayuda generosamente la presencia del Espíritu Santo.

Seguramente no pensamos bastante en lo que san Pablo nos dijo hoy en la primera lectura: el Espíritu Santo se nos ha dado en garantía de nuestra herencia.

En el Oriente se acostumbra a dar una garantía que asegure el cumplimiento de una promesa.

Ahora el Padre nos da el Espíritu para garantizamos la posesión de la vida eterna que nos mereció Jesucristo.

Hagamos que esta Eucaristía sea nuestra respuesta de gratitud por tan gran Don.